

habia hecho aclamar Emperador, junto con sus dos hijos, tambien le llegó el castigo, y fue derrotado y muerto por el ejército de Iliria. Puede mirarse este como uno de los mas señalados reveses de la fortuna, por recaer en el hombre mas favorito suyo. que quizás hubo nunca, y en quien se observaron reunidos con la mayor parte de los talentos, los sucesos mas prósperos en las empresas, el valor mas noble, la mayor opulencia, la política mas refinada, la experiencia mas acabada en los negocios, y en una palabra, cuantas cualidades pueden adornar á un hombre. Estinguióse poco despues de su muerte toda la estirpe de este malvado, que llegó á la alta dignidad de Emperador desde la baja clase de Mago Egipcio.

47. Vióse entonces el Imperio impelido de las mas borrascosas agitaciones: llamábanse casi á un mismo tiempo Emperadores de los Romanos mas de treinta tiranos: y al fin prevaleció Galieno, é inmediatamente espidió un rescripto dirigido á los Obispos de Egipto, para remediar en algo los daños de la persecucion, y en especial para posesionar nuevamente á los fieles de todos los lugares sagrados que habian pertenecido á la Iglesia. El rescripto decia así: „El Emperador y César Publio-Licinio-Galieno, Pio, Felíz, Augusto, á Dionisio, á Pinos, á Demetrio y á los demás Obispos: quiero que se os dejen libres y espeditos los lugares consagrados á la Religion, y que sin recelo de ser perturbados, volvais á entrar en posesion de ellos, en virtud del don que tengo concedido tiempo hace. El Intendente general Aurelio-Cire-

nio cumplirá puntualmente este rescripto. Tambien he mandado, añade el Emperador, que los efectos de mi benevolencia se estiendan por todo el universo.”

48. Sin embargo en este Reinado se encuentra en Cesaréa de Palestina un Mártir muy esclarecido así por su nacimiento como por su riqueza. Llamábase Marin, y según el orden regular debia subir á un empleo muy distinguido que habia vacado en la milicia: el Oficial que se seguia á él y pretendia el mismo destino, alegó que Marin era Cristiano, y por lo mismo debia ser escluido de todo cargo de honor y confianza. Interrogó el Gobernador á Marin; confesó este francamente, y le dieron tres horas de término para que dijese su última resolución. El Obispo Teóctenes le visitó en este intermedio, y enseñándole el libro de los Evangelios por una parte y una espada por otra: *escoge*, le dijo, *entre estas dos cosas tan diversas*. Puso Marin sin dudar un momento su mano derecha sobre los Evangelios; y vista esta determinacion, prosiguió el Obispo y le dijo: *mantente firme, que Dios te dará fortaleza y nadie será capaz de quitarte lo que has elegido*. El Confesor animado con estas palabras, volvió intrépidamente al tribunal y recibió con el mayor contento el golpe de la muerte á vista del Patricio Asturo.

49. Era este Patricio mucho mas visible por su fe y su piedad que por el crédito y reputacion que disfrutaba con los Príncipes, y por las demás cualidades que en tanto tienen los hombres. Cargó el ilus-

tre Asturo aunque vestido magníficamente el cadáver de Marin sobre sus hombros, y le dió sepultura apenas hubo espirado el santo Mártir. Fue este mismo Patricio el que por medio de un milagro desterró la supersticion tan envejecida en el lugar en donde nace el Jordán, al que los infieles arrojaban varias víctimas, que segun ellos no volvian á parecer, porque la divinidad del rio se apoderaba al instante de aquellas oblacones. Hallóse Asturo por casualidad en una de estas ceremonias, y pidió en alta voz al Dios Todopoderoso, en nombre de su Hijo Jesucristo, que se dignase manifestar la impostura de los demonios: vióse la víctima al instante sobre la superficie del agua, y el fingido milagro quedó sepultado en el olvido. Citanse otros varios egemplares de la proteccion que concedió el cielo á la maravillosa santidad de este Cristiano benemérito.

50. Por esta misma época añadieron otra prueba mas de la caridad mas franca y sencilla los Cristianos de Alejandría. Viéndose precisado el Prefecto de Egipto Emiliano en una sedicion, á tomar el título de Emperador, se movieron tan grandes turbulencias en la ciudad, que se cortó enteramente el comercio de un barrio á otro; de manera que hubiera sido menos peligrosa la comunicacion del Oriente con el centro del Occidente. Se podian temer mas peligros en las calles que en medio de los desiertos y de las fieras de la Libia; y no pocas veces se vieron las aguas del mar tintas con la sangre en el mismo puerto. Completó Emiliano la desgracia apoderándose de los grane-

rós públicos, con lo que añadió la carestía al asesinato, y á la hambre no tardó en añadirse la peste. Fue general el duelo entonces; no habia una casa que no estuviese llena de muertos ó moribundos: los idólatras abandonaban á sus mayores amigos, se ausentaban de la ciudad, ó tiraban los cadáveres á las calles, y muchas veces los que aun alentaban. Únicamente en los Cristianos se notaban afectos de humanidad, mirándose como obligados á egercer los piadosos oficios que el terror no permitia á los Paganos. Asistian con efecto sin distincion á todos los infelices contagiados, fuesen fieles ó infieles; los consolaban con la mayor ternura, los servian en los ministerios mas humillantes y asquerosos, recogian los enfermos desamparados y sepultaban los muertos. Muchos de entre ellos se hallaron heridos del contagio, y su muerte tan preciosa segun los principios de la fe, fue un nuevo estímulo para los demás, y la Iglesia tributaba los honores de Mártires á los que murieron en estos egercicios caritativos. La epidemia no se limitó á solo el Egipto, propagóse por todo el Imperio y por las mas hermosas provincias de la Grecia.

Fue la peste tan espantosa en Roma y en la Acaja, que habia dia que morian cinco mil personas. No causaron menos estrago en Italia, en África, y especialmente en Asia los uracanes, las inundaciones y los terremotos: gran número de mugeres perecieron de espanto en un temblor de tierra, que duró sin cesar muchos dias; con continuas tinieblas y crueldes bramidos que salian de las entrañas de la tierra;

abierta por diferentes partes : y el mar , despues de romper sus límites ordinarios , se tragó ciudades enteras.

51. Vióse espuesto el Imperio por todas partes á las incursiones de los bárbaros , á mas de estas plagas y de los resultados de una guerra civil , en que cada provincia tuvo , por decirlo así , su tirano. Un diluvio de gentes que no tenian de hombres mas que la figura , pasó desde Germania á la Italia , y penetró hasta Ravena : el mismo torrente inundó las Galias ; la mayor parte de las ciudades quedó abandonada , y las que quisieron resistir experimentaron toda la crueldad de la barbarie. Derramáronse estos Germanos por España ; en Sicilia hubo una guerra de ladrones mas perniciosos que los bárbaros : los Cuados y los Sármatas talaron la Panonia ; los Godos juntos con los Escitas desolaron la Grecia y la Asia , en particular la Bitinia , cuyas ciudades fueron todas sin escepcion arruidas hasta los cimientos. Llegaron los Partos hasta la Siria ; en una palabra el Imperio anunciaba su total decadencia , y la Iglesia se alzaba sobre las ruinas de la idolatría. Llevaban los bárbaros cautivos á muchos Cristianos fervorosos , y á algunos santos Obispos , cuyas raras virtudes y sabias máximas no podian menos de mover su admiracion ; de modo que pasando desde esclavos á señores , hacian innumerables reclutas á Jesucristo , á quien publicaban mas con las obras que con las palabras ; y así de todas partes les buscaban para recibir el bautismo de sus manos.

52. Yacía entretanto como adormecido en medio

de los placeres el Emperador Galieno , aunque no le faltaba ingenio. Si le decian que estaba cerca de perder el Egipto ó las Galias , respondia : *¿pues qué no podremos vivir sin los paños de la Bélgica , ó los linos de Pelusio ?* Nunca estaba mas contento que cuando veía su habitacion llena de rosas en medio del invierno , ó cuando comia fresas y melones fuera del tiempo regular. Bebia siempre en copas de oro y piedras preciosas , y nunca dos veces seguidas de un mismo vino ; no siendo menos espléndido en los baños , que tomaba cinco ó seis veces cada dia. Oblíganos la vergüenza á correr un velo á todos los pormenores de su delicada vida , como igualmente á ocultar las personas que en ella le acompañaban ; pero bastará decir que se adquirió el desprecio y la execracion general. Por fin en el año 268 el Prefecto del Pretorio , de acuerdo con el General Claudio , acabó con el afeminado Emperador , y fue puesto en su lugar el mencionado Claudio. Arrojaron despues de lo alto del Capitolio al hijo y al hermano de Galieno , los únicos que quedaban de la raza de Valeriano , que fue así toda esterminada.

53. Apenas poseyó Claudio , segundo de este nombre , dos años el Imperio , aunque era digno de él , si no lo hubiese adquirido por un delito. Era el hombre mas hábil para ordenar los negocios ; grangeóse el amor y la estimacion general , aun de los Cristianos , mientras los primeros años de su reinado : mas luego vertió la sangre de los fieles , menos por odio que les tenia , que por paracerse en algo á su antecede-

sor, y por fin murió de peste en Panonia, despues de haber terminado felizmente la guerra contra los Godos. Fue ensalzado su hermano Quintilo á la dignidad de Emperador por los soldados; y ellos mismos á causa de su escesiva severidad, le obligaron á abrirse las venas quince dias despues.

54. A fines del mismo año 270 pasó el Imperio á Aureliano, natural de Panonia, y de familia obscura, pero de sobresaliente mérito, por el que habia subido de grado en grado hasta los primeros destinos de la milicia.

55. El Pontífice Dionisio habia sucedido al Mártir San Sixto, despues del año que estuvo vacante la Silla Apostólica. Estendiéronse su caridad y su vigilancia por todo el mundo Cristiano: envió copiosas limosnas á los fieles de Asia, que habian sido despojados por los bárbaros, y se dió traza á egercer su liberalidad hasta con los que habian llevado cautivos. Han dicho algunos que habia distribuido las Iglesias y los Oratorios de Roma entre los Presbíteros de esta ciudad, y que él fue quien estableció las Parroquias y aun las diócesis de su inmediata dependencia. Mas lo que hizo fue proveer de Pastores á las Iglesias que los habian perdido en el discurso de los tiempos calamitosos, y arreglar los límites de su jurisdiccion con mas exactitud que antes estaban.

56. Murió este santo Papa, pasados diez años de un Pontificado que honró con la condenacion de Sabelio y de los principios de Pablo de Samosata, el dia 26 de Diciembre del año 269, y fue reemplaza-

do por Felix, dos dias despues. La heregía del Samosateno además de contener todo el veneno de la de Sabelio, ponía con refinada malignidad los fundamentos del Arrianismo, al que parecia tan opuesta. Sostenía Pablo por una parte con Sabelio, que no habia otra distincion que la de los nombres en las tres divinas Personas, y que en el fondo habia la misma unidad entre ellas que en la divina Esencia. Digan lo que quieran algunos autores que no penetraron bien sus sutilezas, negaba la consustancialidad del Hijo con el Padre, tomando este término en un sentido grosero y corporal, y acusando á los santos Doctores de que dividian la Divinidad como un cuerpo en varios trozos. Por tanto queria este Heresiarca, que Jesucristo era un puro hombre por su naturaleza, que no existia antes de María, su Madre, de la que habia adquirido el principio de todo su ser, pero que sus méritos le habian encumbrado á la dignidad de Hijo de Dios.

57. Quiso por fin Pablo correr el velo á nuestros misterios mas principales, y sustituirles varios artículos del Judaismo, con el fin de fomentar el gran crédito que se habia grangeado con la Reina Cenobia, Judía de Religion, y muy poderosa en Oriente, desde que Odenato su esposo, de un Príncipe pequeño de algunos Sarracenos, habia llegado á ser el azote de los Persas, el apoyo del Imperio, y por fin Emperador. Justificó Cenobia despues de la muerte de su marido, la opinion de los que creían que habia tenido no poca parte en las brillantes empresas de

aquel Príncipe, á las que acumuló la conquista del Egipto y de la Bitinia. Aquella muger extraordinaria, en quien parece que la naturaleza quiso reunir todas las cualidades mas recomendables, mostró vivos deseos de instruirse en las verdades del cristianismo, pero cayó desgraciadamente en malas manos.

Observaba una conducta poco conforme á los principios de la fe Pablo de Samosata, sucesor de Demetrio, Obispo de Antioquia, á quien se dirigió para aquel objeto; y este Prelado cortesano, que se figuraba que á una Reina tan poderosa y de un talento sagaz, le seria fácil el tolerar que se abusase de su dócil disposicion, nada le dijo de Jesucristo que no fuese muy fácil de creer á la comprension mas corta.

58. Mas la vida que llevaba el Prelado estaba muy lejos del espíritu de santidad que caracterizaba las acciones de los demás Obispos. Abrazó un partido mas cómodo, lejos de aparentar reformas, como la mayor parte de los Heresiarcas, y vivia adormecido en las delicias y con una opulencia que no tenia ejemplo en las personas de su clase. Presentábase en público rodeado de un numeroso y magnífico acompañamiento; y hasta en el pie de los altares hacia alarde de su profana vanidad, mandando entonar cánticos en su alabanza, en lugar de los sagrados himnos. Era mucho mas escandalosa su conducta respecto á las costumbres, pues tenia en su casa mugeres jóvenes, que le acompañaban por do quiera, sin exceptuar los lugares consagrados á Dios, y queria que sus Sacerdotes viviesen con una licencia que autorizase la suya.

No podian menos de horrorizarse los Obispos realmente celosos del bien de la Iglesia (que eran muchos en aquellos siglos felices) al contemplar los perjuicios que podía causar tal ejemplo: y dispuestos á remediar el mal, tomaron sus medidas para la ejecución, sin que les detuviese el favor que tan claramente dispensaba la Reina Cenobia al delincuente. Reuniéronse en la misma ciudad de Antioquia, donde era mas necesaria la reparacion del escándalo, y tuvieron el santo valor de citar al Obispo. Era el presidente de este Concilio el inflexible y piadoso Firmiliano de Cesaréa, y los mas de los Padres que lo componian eran ó Confesores impávidos, ó célebres y santos Doctores, ó hombres que habian obrado milagrosamente.

Tembló el Obispo de Antioquia, á pesar de todo su valimiento, á vista de tales jueces; compareció, sometióse aparentemente y prometió cuanto le exigieron. Creyendo que se enmendaria usaron con él de indulgencia, y porque habia motivos para temer una persecucion, si se valian de medios violentos: mas pronto recibieron el desengaño de que Pablo no habia variado ni de costumbres ni de doctrina. Reuniéronse de nuevo los Prelados, y en el mismo lugar en que se daba el escándalo; contaban tambien con Firmiliano, pero supieron que habia muerto en el camino. Y no por eso dejó de ser confundido y condenado Pablo; un sugeto particular de Antioquia, llamado Malquion, hombre de razon y muy versado en los asuntos de Religion, aunque no era Sacerdote, descubrió los artificios del impostor, y le obligó á

que declarase su verdadera opinion. Fue escomulgado y depuesto entonces el herege; y como era fecundo en sutilezas y equívocos, y usaba la palabra *consubstancial* en el sentido material y grosero que hemos dicho, los Padres de Antioquía desecharon este término que en el discurso de esta obra le veremos empleado con el mayor provecho por los Padres del Concilio Niceno, pero en un sentido muy distinto; porque el buen ó mal uso de las palabras pende cuasi siempre de las circunstancias y de los tiempos. Así que Pablo se vió escomulgado quitóse la mascarilla de la hipocresía: lejos de someterse á la sentencia de sus respetables jueces, se obstinó en permanecer en su Silla, y continuó morando en el palacio Episcopal. No le fue difícil sostenerse mientras Cenobia gobernó el Imperio de Oriente; pero luego que la política de Aureliano dió á entender á los Romanos que la magestad del Imperio estaba degradada en manos de una muger y de una estrangera, aquel Emperador tomó sus medidas, aguardó una ocasion oportuna, derrotó las tropas de Cenobia, y la hizo prisionera. Dirigieron estos sus quejas contra el Obispo depuesto de Antioquía, á Aureliano, que no se habia mostrado contrario á los Cristianos desde que reinaba; y el Príncipe mandó que se diese la casa Episcopal al sugeto que reconociese el Obispo de Roma y los demás de Italia; lo que demuestra claramente que no habia entonces mejor prueba del verdadero cristianismo, que la union con la Iglesia Romana. Fue vergonzosamente depuesto Pablo de Samosata, y Donno promovi-

do á su Silla. Empero Aureliano no siguió en mostrarse propicio á los Cristianos, porque se habia propuesto ganar la estimacion del Senado y del pueblo, atormentando á los enemigos de sus dioses. Siendo naturalmente supersticioso, creía en agüeros y adivinaciones, y se quejaba de que muchos de los grandes á egemplo de los Cristianos no creían enteramente los libros de las Sibilas. Eran estos libros los escritos de ciertas mugeres singulares, que se tenian por oráculos, sin contener nada de maravilloso, fuera de su estilo enfático, enteramente incomprendible, propio parto del espíritu exaltado de sus autores. No prescribían otro que las observancias mas pueriles, como celebrar en las fiestas públicas tales ó tales juegos de este ó del otro modo, ó clavar algun clavo en las paredes del Capitolio. Respecto á los ocho libros que se conservan en el dia con el nombre de las Sibilas, y cuyo contenido es todo vaticinios ó instrucciones concernientes al cristianismo, se hace palpable á la sana crítica, á pesar de citarlos algunos antiguos Padres, mientras otros los tenian por sospechosos, que fueron supuestos en el segundo siglo, á escepcion de algunas partes citadas en los tiempos mas antiguos.

59. El Emperador Aureliano iba á fulminar una terrible sentencia contra los Cristianos, cuando le detuvo la mano un rayo que cayó á sus mismos pies: mas este acontecimiento no le mudó la voluntad, y solo sirvió para diferir por algun tiempo la proscripción. Habiéndole Dios abandonado á la corrupcion de su espíritu, publicó contra nosotros, dice Lactancio,

varios edictos sangrientos que dieron lugar á la nona persecucion: pero esto acaeció, por dicha de todos, á fines de su reinado; de modo que no habian llegado los edictos á las provincias remotas, cuando permitió la Providencia que fuese asesinado por intrigas de su secretario.

60. Así mostró el Señor que el poder que da á las potestades del siglo para perseguir á sus siervos, es tan solo en cuanto contribuye al cumplimiento de los designios de su justicia ó misericordia con respecto de ellos, y en las ocasiones propias para recordarles sus deberes ó proporcionarles causas de mayor mérito. Con todo aunque los edictos de Aureliano tuvieron poco efecto, como las inclinaciones conocidas de los Soberanos tienen casi la misma suerte que sus órdenes, el odio implacable al nombre Cristiano en un Príncipe de carácter violento y naturalmente cruel, como él era, no dejó de aumentar el número de los Mártires.

61. Pertenece al tiempo de Aureliano, antes ó despues de subir al trono, el nombrado martirio de San Prisco, sacrificado con una muchedumbre de Cristianos en los bosques del distrito de Auxerre, á donde se habian refugiado, además de los de la Galia, de que ya hemos hablado: el de la ilustre vírgen Santa Coloma, venerada particularmente en Sens, en donde dicen algunos que lo padeció: el de los Santos Eutropio, Zosimo y Bonoso, con cincuenta soldados convertidos por estos últimos, y condenados á muerte cerca de Roma. Tuvo parte con ellos en los tormen-

tos y en el triunfo, el Papa San Felix que los habia exhortado; y quince dias despues, á saber, el dia 5 ó 6 de Enero del año 275 fue nombrado Eutiquiano para sucederle.

62. Fue muy famoso en Licaonia el martirio de Conon y de su hijo. La vida austera del primero era tan conocida de todos, que el ministro de la persecucion hizo de toda ella una impía mofa en el interrogatorio. Pero el fervoroso Cristiano le respondió: *sí, la cruz es toda mi delicia; no pienses espantarme con la variedad de tormentos que me preparas, porque conozco todo el valor que tienen en el cielo; los mas crueles y los mas dilatados son todo el objeto de mis deseos.* Entonces el tirano para ver si le haria mudar de opinion, le preguntó con artificio si tenia hijos. Conon respondió: *uno tengo, y celebraria lograse parte en mi felicidad:* condujéronlo al momento, y le pusieron con su padre en una cama de hierro hecho ascua, y desde ella los trasladaron á una caldera de aceite hirviendo; cortáronles las manos con una sierra de madera, y en medio de tan execrables tormentos perdieron la vida alabando con cantos al Señor. Padeció tambien el martirio en Cesaréa el Pastor Mamés, con la resignacion y valor de un héroe, y su culto se estendió tanto que los Doctores mas elocuentes de la Iglesia griega, San Gregorio Nazianzeno, y San Basilio, hicieron su elogio como á porfía.

63. Según los varios movimientos de la gracia, obraba la fe de distinta manera en los Cristianos.